

PROGRAMA DEL P.P.I.

La Industrialización del País

Continuamos el análisis de nuestro programa

Punto 6.—Proteger las industrias nacionales existentes y promover el desarrollo industrial del país.

Estamos convencidos de que el progreso de nuestro país está íntimamente ligado a su desarrollo industrial en la medida en que eso sea posible habida cuenta de las limitaciones del mercado interno

En la medida en que nuestro país se industrialice, se crearán posibilidades pa-

ra que nuestros trabajadores ganen mejor y llenen las necesidades fundamentales de su vida con mayor facilidad y con menos dinero. Si desarrollamos las ramas de la industria que pueden desarrollarse aquí —que son varias e importantes— aumentará el trabajo para el pueblo y con el trabajo el poder adquisitivo del mismo. Simultáneamente se ampliará el mercado interno con beneficio para la agricultura y para el propio desarrollo industrial. Mejorará el standar de vida de nuestras masas populares, y dejarnos de

ser un país atrasado, tributario de los grandes monopolios internacionales, para convertirse en un país industrializado, con capacidad para dar pasos más importantes en el camino de su evolución social.

Mientras vivamos exclusivamente sembrando café y banano, tendremos que vivir en la miseria y en el atraso. Está bien que sembremos café, pero es indispensable que además, produzcamos una gran parte de los artículos que actualmente estamos importando.

Trabajó en la Bomba Atómica y se pronuncia contra ella la eminente científica JOAN HINTON

En memoria de los miles y miles de personas inocentes, de los niños, de los ancianos, de los hombres y mujeres de todos los oficios que fueron tan cruelmente asesinados y que tan imperdonablemente murieron quemados en Hiroshima y en Nagasaki, deseo enviar estas pocas palabras a los científicos japoneses, por medio de los Delegados de su país a esta Conferencia.

Como uno de los científicos que trabajó en el proyecto de la bomba atómica, llevado a cabo en Los Alamos, Nuevo México, como uno de los que con sus propias manos tocaron la misma bomba que fué arrojada en Nagasaki, me siento hondamente culpable y me avergüenzo por la parte que tomé en ese crimen contra la humanidad en su totalidad y contra el pueblo japonés en particular.

¿Cómo fué que yo, así como prácticamente casi cada uno de los físicos de los Estados Unidos llegamos a trabajar, de un modo u otro, en esa horrible arma de destrucción en masa durante el curso de la segunda guerra mundial? Quizá mi propio caso pueda servir como lección concreta para todos.

Desde que yo puedo acordarme, siempre tuve un deseo insaciable de saber cómo estaba hecho el mundo; por eso determiné convertirme en un científico. Conforme estudiaba más ciencia, más fui empapán-

dome en la filosofía de la ciencia por la ciencia. Tal filosofía es el veneno de la ciencia moderna. Debido a esa falsa concepción, a esa separación entre la ciencia y la sociedad, entre la ciencia y los seres humanos, entre la ciencia y las vidas humanas, fué como yo llegué a trabajar en la bomba atómica durante la última guerra. Creía yo, como lo creían muchos de mis colegas, que nuestra tarea como científicos no debía ir más allá del descubrimiento de las verdades de la naturaleza. Cualquier otra cosa, fuera de este campo, cualquier cosa que tuviese que ver con la aplicación de los conocimientos hallados por nosotros los científicos, nos era de interés secundario. En nuestros estudios de ciencia "pura" no dispondíamos de tiempo para dedicarlo a semejantes bagatelas. La aplicación de la ciencia, creíamos, debía dejarse a los estadistas y a los ingenieros.

Hoy me siento avergonzada al aceptar que sólo el horror que tomó cuerpo con el bombardeo de Hiroshima y de Nagasaki me lanzó fuera de esa torre marfilena de mis complacencias; me lanzó a la comprensión fundamental de que no existe eso que pueda ser "la ciencia pura"; de que la ciencia sólo tiene significado en relación con los servicios que pueda prestar a la Humanidad; que sólo tiene sentido en cuanto puede ayudar a la creación

de un rico, hermoso y nuevo mundo. A los hombres de ciencia, tanto del Japón como de los Estados Unidos de Norte América, que aún se ocupan en la investigación de las bombas atómicas, de las bombas de hidrógeno y de la guerra bacteriológica, yo les digo:

¡Reflexionad acerca de lo que estáis haciendo! Podréis creer que estáis ganando fama científica con los informes escritos marcados con la palabra "secreto" que ahora estáis enviando a los archivos del ejército de los EE. UU. pero esa fama, enteramente falsa y vergonzosa, es sólo una ilusión que pronto será abatida hasta el polvo por la indignación de todos los pueblos del mundo.

Estrecho las manos de todos aquellos que han rehusado intervenir en ese trabajo de muerte, y les digo: ¡Trabajemos con mayor tesón para conseguir que se prohíba el uso de la bomba atómica, de la guerra bacteriológica y de todas aquellas que sirven para la destrucción en masa!

JOAN HINTON

Ex-miembro de Física del Instituto de Estudios Nucleares de la Universidad de Chicago. Delegado del pueblo de los Estados Unidos a la Conferencia de la Paz de Asia y de las regiones del Pacífico.